

La incidencia del pasado: la cuestión del saber histórico a propósito de W. Scott, J. G. Droysen, F. Nietzsche y M. Heidegger

The Incidence of the Past: The Question of the Historical Knowledge concerning W. Scott, J. G. Droysen, F. Nietzsche and M. Heidegger

Ethan Yepes de la Hoz

Universidad Autónoma de Madrid (España)
E-mail: ethan_yps@hotmail.com

Resumen: La cuestión del pasado ha sido fuente de preocupaciones para el hombre moderno. Pero sería un error considerar que cualquier relación con el pasado ofrece una respuesta definitiva a esta pregunta. Partiendo de un momento concreto, la publicación de *Ivanhoe* de Walter Scott, rastreamos el sentido de la pregunta por la conciencia histórica moderna a través de las lecciones de *Historia* del historiador del s. XIX J. G. Droysen y las tesis filosóficas sobre la historicidad y la Historia de M. Heidegger en *Ser y Tiempo*. Con Scott y Droysen discutiremos la relación entre Literatura e Historia, fantasía y Ciencia, buscando la raíz del pensamiento histórico contemporáneo; mientras que la lectura de Heidegger nos confrontará con las dificultades de una aproximación estrictamente filosófica a esta cuestión. Finalmente, será Nietzsche quien nos enseñe una de las claves más relevantes: el filosofar histórico.

Palabras clave: historia, historicidad, Scott, Droysen, Heidegger, Nietzsche.

Abstract: The question of the past has been a source of concern for the modern man. But it would be a mistake to consider any connection to the past as a final answer to this question. By taking a specific moment from the past, the publication of *Ivanhoe* by Walter Scott, we will trace the meaning of the question about the modern historical consciousness through the lessons found in *Historik* by the German historian of the s. XIX J. G. Droysen and the philosophical theses on the historicity and history by M. Heidegger in *Being and Time*. With Scott and Droysen we will discuss the relation between literature and history, fantasy and science, searching for the roots of contemporary historical thinking; while the lecture of Heidegger will confront us with the difficulties of a strictly philosophical approach to this question. Finally, Nietzsche will teach us one of the most relevant clues: the historical philosophising.

Keywords: history, historicity, Scott, Droysen, Heidegger, Nietzsche.

1. Entre Literatura e Historia

En 1820 apareció una narración, en tres volúmenes, con el título *Ivanhoe*. El nombre del escritor quedaría oculto bajo el apelativo «el autor de *Waverley*». Las razones del celo a revelar la autoría serían expuestas por el propio escritor diez años más tarde, en una introducción que incluyó en 1830. Pese a la reserva, el autor de *Waverley* no era

desconocido para sus contemporáneos. Es posible que el pseudónimo fuese adoptado porque en la ciudad de Edimburgo, y en general en la Gran Bretaña de 1820, el nombre de *Waverley* fuese más reconocible que el de Walter Scott. El autor ya previamente había decidido mandar a la imprenta aquella, su primera gran narración, de manera anónima, en 1814. En lo que respecta al nombre de W. Scott, se relacionaba con actividades políticas vinculadas al conservadurismo

escocés, y con el trabajo referente al campo de la lírica clásica, es decir, a las bellas letras (él mismo se presenta en su obra como «*professor of fine arts*»).

El título de su nueva publicación, *Ivanhoe*, venía acompañada del rótulo «*a romance*». Por un lado, un gesto contra toda una tradición que reducía la narración literaria a un ejercicio de epopeya clásica versificada. En este sentido, la historia de *Ivanhoe* se contextualiza en uno de los escenarios más tradicionales en la epopeya, al menos desde el *Cantar de Mio Cid* (Anónimo, 2010): el periodo medieval, en este caso el s. XII inglés, pero con una técnica narrativa popular y no erudita. Hemos de reparar, por tanto, en que pese a la intención hasta en cierto punto subversiva, *Ivanhoe* se situaría en el legado de toda una tradición, reconocida por el propio autor, que nutre su texto de tópicos recurrentes, tanto de la literatura anglosajona precedente como de otras tradiciones literarias. La referencia a Prior en la portada del libro, y cada uno de los exergos que encabezan los capítulos, reflejarían el reconocimiento de esta deuda. Por otro lado, el romance (o la novela) como procedimiento narrativo se había venido imponiendo entre ciertos profesionales de las letras a raíz del éxito, también económico, que durante el s. XVII tuvieron obras como *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha* (1605-1615) o, ya en el s. XVIII, *Robinson Crusoe* (1719). La popularidad de la novela es lo que llevará a Scott a justificar el género de sus narraciones.¹

Hoy consideramos esta novela de Scott como perteneciente al canon de la literatura universal casi sin discusión. Sin embargo, el lector contemporáneo, con la intención de leer un libro de aventuras donde la realidad y la ficción están claramente delimitados — una historia de ficción, y nada más —, se encuentra, en primer lugar, con un texto de agradecimiento

1. Para entender el contexto cultural, y no sólo cultural, en el que se formaron escritores como Scott es muy útil el libro de J. Black, *La Europa del siglo XVIII (1700-1789)*, ante todo el capítulo VIII, *La cultura y las artes*, donde se explica la génesis de dos elementos cruciales para la sensibilidad artística moderna, el público y la crítica, así como la importancia cada vez más acuciante del problema del estilo del autor, en particular en Gran Bretaña: «la expansión de la novela sólo puede interpretarse como una importante muestra del aburguesamiento de la cultura del Setecientos, pero más en cuanto al mecenazgo que a sus contenidos ideológicos. En Gran Bretaña, las novelas se escribían para satisfacer a una amplia demanda de lectores, así, por ejemplo, en 1742 llegaron a venderse hasta 6.500 ejemplares de la novela de Henry Fielding titulada *Joseph Andrews*. El aumento tanto en el número de bibliotecas en propiedad o mediante suscripción, como en el volumen de publicaciones de libros por entregas permitió proporcionar ejemplares para leer a quienes no podían adquirirlos» (Black 1997, 292). En otros términos y bajo otra sensibilidad, la reflexión en el importante estudio de C. Taylor, *Fuentes del yo. La construcción de la identidad moderna*, sobre cómo el surgimiento de la novela moderna se vincula con una «nueva conciencia», cuya transformación hunde sus raíces incluso en otra concepción del tiempo (cfr. Taylor 2012, 395 y ss).

que retrasa el comienzo de la historia. Se trata de una *Epístola dedicatoria al Rev. Dr. Dryasdust, F.A.S.*, siglas estas últimas de miembro de la sociedad de anticuarios («*Fellow of the Antiquarian Society*»). Esta epístola dedicatoria está firmada el 17 de noviembre de 1817, es decir, se situaría tres años antes de la publicación de la obra, y la firma Laurence Templeton, uno de los pseudónimos de Scott. Este agradecimiento, sin embargo, no sale del plano ficticio, pues el Rev. Dr. Dryasdust (literalmente: seco-como-polvo) es un personaje inventado por Scott. Con él emula un intercambio a propósito de una serie de consideraciones sobre la labor de la historiografía y en general sobre las relaciones de su época con el pasado. A través de una lectura de esta introducción, y considerando este intercambio ficticio como síntoma del surgimiento de una nueva problemática en las relaciones entre presente y pasado en la Inglaterra de la época, intentaremos dar una respuesta a por qué Scott consideró necesario preceder su obra de un agradecimiento a un miembro de la sociedad de anticuarios, así como el porqué de esa peculiar caracterización negativa. La cuestión de las relaciones entre presente y pasado no es, empero, algo que surja en la obra de Scott al margen de lo que acontecía en su entorno. Desde el desarrollo de la moderna crítica textual heredada del Renacimiento italiano hasta el desarrollo de una específica técnica de narración de lo acaecido, capaz de incorporar en un mismo lenguaje narraciones, descripciones y justificaciones, en los años en los que escribió Scott la moderna conciencia de la temporalidad y su relación con lo ya sido estaba pujando por imponerse definitivamente. Mirado desde 1820, poco faltará para que la historiografía como ciencia abandone las aulas de Derecho y, de la mano de Leopold von Ranke, reconocido lector de Scott, dé el salto como disciplina universitaria independiente en las universidades alemanas (no así en algunas universidades de Inglaterra, donde el vínculo de la historiografía con las bellas letras llegará hasta el s. XX).

La cuestión parece resuelta si se considera que Scott inventó un nuevo género de literatura, que conocemos como «literatura histórica», y que, en la tensión de la originalidad, quizá por miedo a no ser aceptado como literato, Scott inventó un intercambio ficticio con una autoridad en la materia que validaría indirectamente su labor historiográfica, y así, la calidad de su obra literaria. Pero, sin rechazar a priori la adecuación de esta respuesta al concepto que el autor tenía de su propia obra, la historiografía como ciencia todavía no gozaba de la independencia suficiente como para presentarse como garante de pretensiones

semejantes. De hecho, veremos cómo se trata más bien de lo contrario: había que validar precisamente un determinado acceso al pasado distinto del que hasta ese momento se había realizado en la literatura inglesa, de corte más bien conservador en lo que respecta al tratamiento de las costumbres. Este acercamiento al pasado para comprender el presente es lo que pronto adoptaría la ciencia historiográfica como su tarea propia. Pero Scott no emplea ese término en ningún momento, pues para él todavía la historiografía será, literalmente, la técnica de historiar con palabras.

Y, sin embargo, algo ha cambiado. No porque un relato venga precedido por una dedicatoria ni tampoco porque el destinatario de la misma sea ficticio, sino por el contenido y los términos de la reivindicación. Se trata de justificar, a través de procedimientos jurídico-demostrativos —retóricos—, que el relato que aparece a continuación, pese a las enormes dificultades que el autor ha encontrado, es una descripción fiable de la época que pretende ilustrar. Ya no se busca simplemente ser un digno heredero de los historiadores anteriores ni tampoco que la prosa del autor sea más sublime si cabe que la de aquellos, se pretende que el texto, leído desde el punto de vista adecuado, tenga validez en cuanto testigo de una transición epocal, la acontecida a partir del siglo XII en Inglaterra. Sea o no un personaje real, el Rv. Dr. Dryasdust tiene una función sintomática: no es la visión adecuada para leer el texto, al menos no como pretendía Scott.

La relación es, pues, más compleja de lo que en un primer momento pudiera parecer. Scott conoce la tarea de anticuario y reconoce su importancia y su autoridad a la hora de generar historias (narraciones, cuentos, «*tales*») sobre el pasado, hasta el punto de considerar necesario ficcionar en su obra una correspondencia con uno de estos sublimes personajes y situar esta ficción «a la cabecera de una publicación que el más serio anticuario quizá clasificaría entre las novelas inútiles de la actualidad» (Scott, 1990: 21). Pero el carácter satírico que tiene esta ficción muestra lo que Scott pensaba de la labor de estos personajes. Al estar constantemente volcados hacia el pasado, incluso despreciando todo lo que pueda considerarse moderno, el experto en antigüedades, contrario a la voluntad inicial que le mueve —conocer el presente a través de la relación con el pasado—, impide precisamente la posibilidad de todo vínculo del presente con su pasado. Así, Dry-as-dust sería la descripción de una tarea que hace polvo sin salir del polvo. A ojos de Scott, tal sería lo inútil de un discurso sobre el pasado que no dice nada a los lectores presentes. La pregunta que guía todo el

texto de Scott sería, pues: ¿cómo establecer una continuidad con el pasado si las herramientas que tenemos para hacerlo están completamente desvinculadas del presente?

Este fue el error del desafortunado Chatterton. Para darle a su lengua una apariencia de antigüedad rechazó toda palabra que fuera moderna y produjo un dialecto enteramente distinto de cualquiera que hubiera sido hablado en Gran Bretaña. Aquel que quiera imitar el lenguaje antiguo con éxito debe atender más a su carácter gramatical, sus giros de expresión y a la forma en que se combina, que el trabajo de recopilar palabras extraordinarias y antiguas. (Scott, 1990: 28)

Estas consideraciones van mucho más allá de las complejas técnicas para la ejecución de un ejercicio literario adecuado y exitoso, que un profesor de bellas artes debería conocer. Apuntan a lo que más tarde será considerado el gesto del historiador. J. G. Droysen, en su *Histórica. Lecciones sobre la Enciclopedia y metodología de la historia*, dictadas a mitad del s. XIX, en un contexto por tanto totalmente diferente, donde la historiografía ya se considera una materia universitaria independiente, afirmará que la labor del historiador no consiste en restaurar los hechos del pasado:

restaurar los hechos del pasado, los pasados mismos, es cosa que no puede ser la finalidad de nuestro método y menos aún su resultado. Ello es tan insensato como si se esperara de nosotros que observáramos los hechos del pasado que pasaron definitivamente; y es igualmente equivocado esperar de nosotros que demos una imagen reproducida de éste o de aquel tiempo pasado. Pues no puede ser otra cosa que una *imagen de la fantasía*, ya que *aquello que habría que reproducir no existe ya, sino que sólo puede estar en nuestra representación*. (Droysen, 1983: 35, subrayado nuestro)

Podría parecer que Droysen admitiría que, en lo fundamental, Scott realiza el gesto del historiador, crear una imagen de la fantasía que vincule presente y su pasado, si no fuese por un detalle ciertamente no menor, una caracterización que la historiografía arrastra desde sus orígenes, de la que todavía Droysen buscaría distanciarse: la historia como retórica, como mero divertimento ocioso y fantasioso,

como *belles lettres*. Volveremos más adelante sobre ello. Continuemos leyendo el texto de Scott para comprender en qué sentido podemos decir que su intención está más cerca de la Historia —lo que a su vez nos ayudará a comprender la dificultad de la relación de la historiografía respecto de la moderna técnica novelesca.

2. Letras y antigüedades: contra el polvo

La intención declarada de Scott en *Ivanhoe* será la de «ilustrar la antigüedad nacional de Inglaterra, y particularmente la de nuestros antepasados los sajones» (Scott, 1990: 21). Scott se presenta a sí mismo como un conocedor de las antigüedades que tiene que dar cuenta del particular modo de presentación de los resultados de sus indagaciones: «la forma superficial, insatisfactoria y trivial con que ha sido recogido el resultado de mis investigaciones hace que la obra no pueda consignarse entre las calificadas bajo el lema *Detur dignori*» (Scott, 1990:21). Se muestran de este modo dos elementos de tremenda importancia en el trabajo del investigador de las historias pasadas: en primer lugar, el método de investigación no es ni debe ser idéntico al método de exposición de los resultados. Droysen distinguirá de un modo todavía más preciso, con la obsesión analítica de aquél que es consciente de tener que delimitar precisamente el campo de su estudio —y sobre todo las diferencias respecto de las labores fútiles de la Literatura— entre «exposición investigante», «exposición narrativa», «exposición didáctica» y «exposición discursiva». La delimitación y la preocupación por el proceder investigador aparecen marcadas de un modo especial en la tarea del historiador moderno; el gesto, sin embargo, es el mismo que se remonta a Tucídides, quien consideraba que tenía que exponer por escrito aquello que él había inquirido. Ahora será preciso, además, incluir todo un aparataje de técnicas textuales que permita la conexión entre los distintos tipos de exposiciones —por ejemplo, las notas al pie de página y los apéndices, que, por cierto, la novela de Scott considera.

Y, en segundo lugar, la apelación a la dignidad de la obra y del autor. Este punto nos llevará a una de las distinciones más radicales entre el retórico, el novelista y el historiador científico: ¿de dónde proviene esa dignidad? En el texto de Scott aparece algo que Droysen, como historiador profesional, ya no podrá considerar, o que lo hará de un modo completamente distinto, a saber: esa apelación a la dignidad del escritor que lleva a cabo la tarea de exposición proviene de sus habilidades estilísticas y literarias, y de cómo ellas se vinculan en cierto modo al conocimiento del quehacer tradicional. La dignidad del historiador científico, por el contrario, vendrá dada por el rigor con el análisis y el manejo documental. Para

Droysen la exposición también es importante, pero siempre quedará subordinada a un rigor metodológico al que el investigador *amateur* Scott no pudo llegar. Además, la apelación en latín de Scott a la dignidad incide todavía más si cabe en esa conexión con lo clásico, que recuerda más a la labor de historiador de Cicerón que a la de un historiador como Ranke. Sin embargo, la intención de Scott es retorcida en este punto. Sin dejar de tratarse de una apelación a la retórica desde un ejercicio marcadamente retórico —la ironía—, afirma que su tarea está caracterizada por ser superficial, insatisfactoria y trivial, es decir, por *no ser digna* de la tarea que se le habría encomendado. Scott reconoce en su retórica que no es un buen retórico; si el ejercicio que lleva a cabo Scott es retórico, y ciertamente lo es, lo es en un sentido que quizá no fuera reconocido por los retóricos clásicos como digno. Algo se ha introducido en este proceder que impide una continuidad simple e inocente, algo que tiene que ver con los anticuarios y con la ironía de Scott respecto de la tarea de conocer el pasado de éstos.

En esta epístola literaria, los anticuarios son descritos, de modo evidente, como especialistas en el manejo de documentos relativos a los hechos («*incidents*») relativos a un pasado no muy lejano (cfr. Scott, 1990: 22). De este modo el anticuario remitiría a la autoridad de los restos, cuyo manejo adecuado incluye el modo de exposición de dichos documentos; exponer de un modo impropio sería tan deleznable como ignorar un incidente histórico. Contra esa rigidez escribe Scott cuando alza la voz del literato, que, según los expertos en antigüedades, en su ejercicio fantasioso se serviría de esta autoridad documental para «suplir su propia indolencia o pobreza de invención» (Scott, 1990: 22).

Esta situación revierte en una singular divergencia entre el Rev. Dr. Dryasdust y El autor de *Waverley* (que sigue firmando como Laurence Templeton) en lo que respecta al valor de los resultados obtenidos en esta nueva forma narrativa de exposición que es la novela. Si ya no se cumplen los principios más básicos de la narración de epopeyas y los recursos de acceso al pasado son empleados de manera «anárquica» —no en cuanto al uso propiamente, sino en lo relativo a los fines: no para preservar el pasado cuanto para crear ficciones sobre él—, ¿por qué tolerar este nuevo registro literario, que más bien parece resultado de la indolencia y la pobreza de invención? La genial respuesta de Scott es que, precisamente con tanta preocupación por el pasado, los anticuarios impiden una relación adecuada, viva, interesante y provechosa para el presente con su pasado. Con toda esa pureza en lo que refiere al modo adecuado de acceso al pasado, «es extraño que no se haya realizado intento alguno para crear interés por las tradiciones y costumbres por la vieja Inglaterra» (Scott, 1990: 22). De nuevo, la ironía

del escocés, que se sabe con otra sensibilidad hacia lo acaecido en el pasado, ofrece una clave importantísima sobre esta sensibilidad. ¿Cómo realizar la tarea de representar las viejas costumbres de Inglaterra, siendo escocés y habiendo realizado previamente este trabajo con Escocia (*Waverley*), y al mismo tiempo generar el suficiente interés como para que el público repare en, disfrute de y conozca sus viejas costumbres? *Ivanhoe* será la respuesta de Scott.

A la confesión de ese extrañamiento, le siguen una serie de «objeciones» del ficticio Rv. Dr. Dryasdust que pretenden dar cuenta de por qué, pese a la minuciosidad del trabajo de los anticuarios, esta tarea todavía no se ha llevado a cabo. La primera razón es que, frente a lo que sucede en Escocia, donde aparentemente el estado primitivo del territorio permite un contacto directo de sus ciudadanos con los sucesos políticamente relevantes, el enorme desarrollo de Inglaterra —cultural, económico, político, en una palabra, civilizatorio— hunde sus raíces en lo inmemorial. Aquello que aconteció en el pasado inglés sólo es ahora accesible a través de «reliquias polvorientas». Se considera, pues, que la situación de Escocia es privilegiada porque no tiene más pasado que lo que sus ciudadanos recuerdan: una descripción de lo sucedido es comprensible en tanto es recordada, si no por haberla vivenciado, al menos por resultar próxima y semejante a la situación actual: «Todas aquellas circunstancias pertenecientes a la vida privada y de carácter doméstico, todas aquellas que dan verosimilitud a una narración e individualidad de los personajes presentados, todavía son conocidos y recordados en Escocia» (Scott, 1990: 23). En el caso de los relatos ingleses, por el contrario, no sólo es preciso buscar su autoridad en los fondos mohosos de los documentos («*musty records and chronicles*»), sino que además los autores de dichos documentos «parecen haber conspirado con perversidad para suprimir en sus narraciones todos los detalles interesantes y hacer sitio a las flores de la elocuencia monástica y horribles reflexiones sobre la moral» (Scott, 1990: 23).

La dificultad en el caso inglés sería, por tanto, doble: i) los ingleses ya no recuerdan aquello que constituía el día a día de sus antepasados más que a través de mohosos documentos en los que ii) apenas aparecen referencias a tales aspectos de la vida privada, pues no recogen más que florituras retóricas monásticas y reflexiones morales horribles. Si la tarea es excesivamente compleja es porque además de ya no poder acudir a los testigos directos de lo sucedido, o precisamente por ello, es precisa una labor de crítica documental que permita revivir esos viejos testigos. La respuesta de Scott a esta aparente objeción será que, en los documentos, si se leen adecuadamente —esto es, bajo una lectura crítica-hermenéutica, filológica o arqueológica—, aparecen estos detalles sin necesidad

de haber sido explicitados. La sensibilidad histórica, por tanto, tiene que ver con una determinada forma de lectura. Esos detalles no explicitados han de ser, además, narrados con una cierta sensibilidad que, en esto parecen estar ambos de acuerdo, ya no incluya las valoraciones y reflexiones morales propias de la retórica más clásica. Pero no es casualidad que sea un escocés, un «extraño», quien se ofrezca para leer estos documentos de otra manera que no sea la mirada tradicionalista inglesa.

La distinción entre Escocia e Inglaterra tiene que ver, por tanto, con la vida y la muerte. Mientras que cualquier escocés reconocerá su historia porque es historia viva, siempre con la «libertad para caminar sobre el reciente campo de batalla y seleccionar los miembros de aquellos que hasta poco antes se habían agitado llenos de vida» (Scott, 1990: 23), en una palabra: «periodismo político», semejante al que realizaban los historiadores clásicos como Heródoto y Tucídides; el investigador inglés apenas es capaz de establecer una línea de continuidad entre sus costumbres actuales y las pasadas, más que a través de la mediación documental: historia muerta. La razón es justamente ese desarrollo civilizatorio que parece acarrear un estado de obnubilación:

La misma honrada persona, cuando se la coloca en su propio y abrigado salón, rodeada por todas las comodidades de un buen lugar junto al fuego, no está ni la mitad de dispuesta a creer que sus propios antepasados hubieran llevado una vida muy diferente a la suya; que la medio derruida torre que divisa desde su ventana una vez fue morada de un barón que bien podría haberle colgado de su propia puerta sin ningún tipo de juicio, que los campesinos que trabajaban en su pequeña granja unos pocos siglos antes habrían sido sus esclavos y que la completa influencia de la tradición feudal se extendió en cierta ocasión sobre toda la aldea vecina, donde el abogado ahora es un hombre de mayor importancia que el señor del *manor*. (Scott, 1990: 25)

Aun poniendo de relieve la paradoja que se da en la mentalidad tradicionalista inglesa: no se reconocen en las crónicas antiguas y, sin embargo, no pueden distanciarse de su tradición, que consideran única y uniforme, Scott reconoce la dificultad de la tarea histórico-documental. Pero no está dispuesto a aceptar el dramatismo pesimista de su ficticio interlocutor, que llevaría justamente a ese quietismo ciego respecto del pasado que critica. El extremo rigor formalista de los anticuarios corre el riesgo de que ellos mismos acaben

por convertirse en reliquias que impidan el desarrollo de la vida. La epístola ficticia de Scott es sintomática en este sentido: el anticuario hace del pasado historia muerta, porque genera documentos que ya no es capaz de incorporar al presente, quedando el pasado como el terreno de la indiferencia. Para Scott la novela sería esa técnica narrativa adecuada a la tarea de la que carece el anticuario. Faltarán todavía más de cien años para que Nietzsche critique la conciencia histórica propia de los anticuarios en la misma dirección que Scott:

El sentido anticuario de un hombre, de una comunidad o de todo un pueblo posee siempre un limitadísimo campo de visión. No percibe la mayor parte de las cosas, y lo poco que percibe lo ve demasiado cercano y aislado; no es capaz de medirlo y, por tanto, lo considera todo de igual importancia. Es decir: atribuye a lo singular una importancia excesiva. Por tanto, no existen para las cosas del pasado ni diferencia de valor ni proporciones que las juzguen comparativamente, sino siempre sólo dimensiones y proporciones de las cosas del pasado en referencia al individuo o pueblo que mira hacia atrás bajo la perspectiva anticuaría. (Nietzsche, 2015: 505)

Ya lo hemos insinuado respecto al lenguaje, pero conviene incidir más detenidamente en este punto. El lenguaje no es un ámbito más dentro del problema del anticuario, aún menos en el campo de las obras literarias: lenguaje y costumbres («*manners*») revisten la dificultad especial de modificarse a lo largo del tiempo de manera tan radical que lo que en la antigüedad fuese de uso común y enteramente inteligible, en la actualidad ha podido perder toda su vigencia y resultar ininteligible. Además, es posible que no reste nada en lo que apoyarse para comprenderlo más que un montón de mohosos documentos indiferentes que señalan una fractura, si se saben leer —de igual modo que la torre derruida, un vestigio, un signo. Es por ello mismo en el lenguaje y en las costumbres donde se juega la posibilidad del relato histórico: en la tensión entre, por un lado, acudir al lenguaje propio del documento, para comprenderlo, sin añadir matices desde el presente que lo inutilicen como testigo de una época pasada, y, por otro lado, las licencias propias de un autor de ficción que vierte los usos lingüísticos y costumbres a un lenguaje comprensible para la actualidad. En términos negativos, el historiador (el que ilustra a través de historias) se situaría en el estrecho espacio entre inutilizar un documento como acceso al pasado y convertir ese acceso al pasado en

inútil, a través de una supuesta «conciencia histórica» que impediría hacer comprensible ese pasado para el presente, por lo que inmediatamente dejaría de ser pasado en tanto no puede remitir ni motivar el presente, y se convertiría, así, en aquello que todo anticuario e historiador teme: que su relato se vuelva un juego ocioso de *belles-lettres*:

Su lenguaje [el del escritor] no debe ser exclusivamente antiguo o ininteligible, pero no debe admitir, si es posible, palabra o giro fraseológico que traicione un origen directamente moderno. Una cosa es hacer uso del lenguaje y los sentimientos (*sentiments*) que nos son comunes a nosotros y a nuestros antepasados, y otra es revestirlos con los sentimientos y dialectos válidos tan sólo para sus descendientes. (Scott, 1990: 30)

El problema del anticuario es, podríamos decir, que ha muerto de éxito. Su trabajo a la hora de recopilar, conservar y estudiar críticamente los documentos y antigüedades nacionales, que ha generado una conciencia de pasado más allá de la mera relación con lo pasado —continuidad directa a través de la tradición—, ha hecho de lo acontecido un compendio de artículos indiferentes para el presente. En este escrito irónico de Scott el anticuario ya comienza a tener el sentido que hoy le concedemos, a saber: persona que colecciona o negocia con antigüedades. Aquí el elemento negativo del negocio (*nec-otium*) adquiere carácter paradójico: por una parte, el anticuario es justamente el que rechaza el uso ocioso de los restos del pasado, pero, por otra, al reivindicar el pasado por sí mismo no hace más que un ejercicio ocioso de coleccionables. Scott, lejos de defender el ejercicio ocioso de la novela que presenta a sus lectores, reivindica un uso de la misma dentro de un gesto eminentemente político: ilustrar las costumbres antiguas de los ingleses, pero, como dirá en la introducción de 1830, «porque mostraba el fuerte contraste entre los sajones, que cultivaban la tierra, y los normandos, que todavía reinaban como conquistadores reticentes a mezclarse con los vecinos o a destacarse entre los de un linaje» (Scott, 1990: 11). Esto podría despertar el interés de los ingleses por su historia, en la medida en que se trata de un período de la Historia de Inglaterra que daría cuenta de la situación política actual. Atendamos a cómo el historiador del s. XX, J. G. A. Pocock, refiere, en un texto de 1962, a este preciso momento de los problemas de las relaciones con el pasado en Inglaterra, precisamente en oposición a Escocia, en *Los orígenes del estudio del pasado: un enfoque comparativo*:

Todavía hacia finales del siglo dieciocho la conciencia inglesa del pasado (aunque no la escocesa) era mucho más tradicional que histórica. La creencia tradicional en la continuidad de las instituciones aún no había encontrado problemas que forzaran su reafirmación histórica [...] y el desarrollo tardío de la historiografía institucional y del tradicionalismo pragmático del pensamiento conservador inglés pueden explicarse por referencia al hecho de que la Inglaterra post-medieval contaba con un sistema jurídico unificador que, siendo tradicional, apoyaba su autoridad en la presunción de su propia continuidad. [...] *La explicación histórica puede surgir sólo allí donde hay cierta conciencia de discontinuidad*; y esto puede imponerse sobre el pensamiento inglés sólo mediante la demostración de que, en cierto momento, un gran cuerpo de instituciones extranjeras había sido introducido en el reino, de manera que los acontecimientos subsiguientes deben ser explicados en términos de su interacción con instituciones más antiguas de distinta naturaleza. (Pocock, 2012: 310, subrayado mío)

¿Acaso la novela de Scott no constituye, en forma e intención, esta explicación histórica sobre cómo la incursión de las costumbres (*manners*) normandas modificaron las ancestrales costumbres de los sajones? A raíz de lo que Pocock afirma, no es casualidad que fuese un escocés quien se preocupara por introducir en la conciencia de los ingleses esa discontinuidad que abre una peculiar pregunta por la Historia. Y en este sentido *Ivanhoe* sería un excelente libro de Historia de la Inglaterra del s. XII.

3. Del otro lado: el rigor contra la fantasía

¿En qué sentido, sin embargo, podemos todavía afirmar que la novela de Scott no es un trabajo de historiografía tal y como lo conocemos? Para ello habremos de detenernos en los comentarios sistemáticos que Droysen hace en su *Histórica* respecto a la diferencia entre la tarea del historiador novelesco y el historiador científico. En la introducción a las lecciones de enciclopedia y metodología de la Historia que Droysen comenzó a impartir en 1857, seminarios universitarios cuyo objetivo era formar a historiadores desde el punto de vista de la historiografía como disciplina autónoma, se afirma que la tarea del historiador no consiste en constatar ni reconstruir pasados en su presente objetivo —inaccesible ya para el historiador— sino en

ampliar nuestra, en primer momento, estrecha, parcial, oscura representación de los pasados, ampliar nuestra comprensión de los mismos, complementarla, corregirla, aumentarla, según puntos de vista siempre nuevos; no se trata de esbozar imágenes o reproducciones de lo que hace tiempo pasó —*los poetas y novelistas podrán divertirse y divertir a otros con tales fantasmas*— sino de enriquecer y alimentar nuestro mundo intelectual con el conocimiento fundado de la continuidad del desarrollo moral humano, en cuya fila nos encontramos los que vivimos ahora, para asumirlo y continuarlo en nuestra parte, con la comprensión de su contexto. (Droysen, 1983: 36, subrayado mío)

El gesto es muy semejante al que Scott realizó respecto de los anticuarios y, al mismo tiempo, busca cambiar radicalmente de sentido. Ahora el objetivo son los escritores como él y sus fantasías. La semejanza radica en que también Droysen ha de tallar las características del historiador sobre la potencia descriptiva de cuadros pasados de novelas como *Ivanhoe*, de igual manera que, pese al tono burlesco de Scott respecto de los anticuarios, también hubo de considerarlos como autoridad respecto del tratamiento del pasado. El debate se produce en torno a la ociosidad de una tarea, ahora la novela. Una tarea, la del escritor de ficciones, que desde el punto de vista del rigor científico no enriquece ni aumenta nuestro mundo intelectual, pues carece de conocimientos fundados capaces de generar comprensiones sobre los contextos pasados que, a su vez, permitan dar cuenta de la continuidad del desarrollo moral humano. Nótese, sin embargo, que Droysen no afirma que la novela no pueda estar suficientemente documentada, sino que lo que resulta más propio del quehacer novelesco carece de fundamento histórico. En el caso de *Ivanhoe*, la historia concreta de Wilfredo de Ivanhoe es esa ficción nuclear para la novela que carece de fundamento científico. Por ello, el ejercicio novelesco es considerado ocioso, inútil para el presente. La relación entre Scott y Droysen es, pues, especialmente compleja. Todavía en 1857, Droysen ha de justificar la historiografía frente a la producción poética, retórica y, ahora también, novelesca.

Si bien desde el comienzo de las lecciones del historiador alemán ya aparece esbozada la pretensión de distinción entre la labor del historiador y la del novelista, no es hasta el final de las mismas cuando esta distinción se tematiza en toda su complejidad. Que la tópica sea el último de los apartados en un manual sobre las condiciones de posibilidad del relato histórico resulta ya significativo en sí mismo. En este último punto se pretende determinar un modo de

exposición que, conforme a la naturaleza emancipada de la ciencia y el objeto históricos, no dependa ni de formas clásicas de retórica ni de formas más modernas de narración como la novela. Ahora bien, dado que el objeto histórico no se puede comparar a los objetos de las Ciencias de la Naturaleza, tampoco el método expositivo de éstas es adecuado a sus características. Por tanto, la discusión sobre el método de exposición, pese a todo, no es ajena al trabajo del historiador, que, en definitiva, no hace sino historiar, es decir, pintar a través de narraciones las investigaciones sobre el pasado. ¿En qué se diferencia este ejercicio del trabajo de un novelista como Scott? Droysen lo marca desde el comienzo de su Tópica: «nada ha sido más fatal para nuestra ciencia que el haberse acostumbrado a ver en ella una parte de las bellas letras y a considerar que la pauta de su valor es el aplauso que recibe del llamado público culto» (Droysen, 1983: 337). Se nos dan aquí ya suficientes claves para entender el rechazo.

Si atendemos a cómo Scott, «*professor of the fine arts*», justificaba, en la introducción de 1830, la forma narrativa de *Ivanhoe* y su ampliación de miras desde los temas escoceses al estudio de las costumbres ancestrales de los ingleses, el argumento ofrecido situaba en primer lugar a la opinión del público. Como buen conocedor de las artes retóricas, Scott sabía que el éxito de su empresa dependía del auditorio, aunque el fin estuviera motivado por un gesto eminentemente histórico, o justamente por la concepción de la Historia que todavía imperaba en aquellos años. Algunos de los motivos de Scott todavía hunden sus raíces en la retórica más clásica; así, por ejemplo, reconoce que hay un suceso en la narración, el encuentro entre el rey y el fraile Tuck, que fue tomado directamente de historias antiguas (cfr. Scott, 1990: 13). Los tópicos permiten, por un lado, que el escritor reivindique sus excelentes conocimientos de la tradición literaria y muestre sus recursos para mimetizarlos e incluso mejorarlos en su obra, y, por otro lado, esas remisiones a obras clásicas favorecen la sintonía con el público, mejor dispuesto a comprender y a aplaudir si se encuentra con elementos ya conocidos. Scott no necesita para ello más apoyo documental que los textos literarios previamente legados por la tradición —aunque en su caso no se redujo a ello, fue un gran conocedor de antigüedades. Que la deuda y la dependencia de Scott con dicha tradición es un punto central de su narrativa se aprecia a través de los exergos que preceden cada uno de los capítulos, y que muestran hasta qué punto los temas abordados en su novela son deudores de un saber compartido. Se presupone que un profesor de bellas artes ha de conocer ese acervo. Pero esta dependencia de la tradición, y en concreto de la retórica —o de la Historia como retórica—, es de nuevo ridiculizada por Scott, que, en aquella epístola ficticia, escribió que de sus fuentes poco tiene que decir más que

pueden ser encontradas fundamentalmente en el mismo manuscrito anglonormando que sir Arthur Wardour conserva con muchísimo celo en el tercer cajón de su armario de roble, sin dejar que casi nadie lo toque, sin ser él mismo quien lea una sola sílaba de su contenido. (Scott, 1990: 31)

Wardour, personaje ficticio que remite a una novela de Scott de 1816, precisamente titulada *The Antiquary*, en el que además resuena de lejos el guardar —*warder*, en francés antiguo es guardar, de donde el *wardrobe* inglés—, sería ese autor desautorizado —ni él mismo parece conocer lo que guarda— en el que Scott se fijaría para continuar, imitando, aunque de mejor manera, el relato de las costumbres inglesas. Es casi inevitable pensar en que este curioso personaje refiere a la tradición misma, esencialmente transmisora y guardiana de lo hasta ahora dicho y escrito, pero casi siempre sin haber profundizado seriamente en ello, vinculando este gesto con la tarea del anticuario, inconsciente de la brecha que inaugura. La ironía de Scott vuelve a complicar las relaciones que él mismo mantenía respecto de esa tradición del autor como continuista de la retórica clásica. Scott como novelista sabe que ya no necesita justificar su literatura en precedentes, sino exclusivamente en la calidad de su narración, en su estilo y en las ventas de sus libros.

Un historiador como Droysen ya no puede aceptar esos juegos de manos con los que todavía Scott deleitaba a sus lectores. La determinación de la historiografía como ciencia y las condiciones de posibilidad del relato histórico, histórica, han de suprimir cualquier remisión a lo ocioso de las bellas artes. El historiador no tiene que dar cuenta de su tarea frente a la opinión popular, sino frente a un grupo de profesionales igualmente formados en el proceder investigador y expositor de la historiografía, y usar esos métodos para ilustrar y no para divertir al público. Por tanto, el teórico ya no puede contemplar solamente un proceder expositivo, ni tampoco simplemente privilegiar ingenuamente la narración frente a otras formas de exposición igualmente necesarias —exposición investigante (la primera que Droysen considera; las prioridades se modifican), exposición didáctica y exposición discusiva. Sin embargo, pese a estas advertencias, «la esencia de la narración» incorpora un elemento que la hace difícilmente reductible para la labor histórica: «la esencia de la narración es presentar el devenir y el transcurso de aquello que debe ser narrado» (Droysen, 1983: 349). Podríamos decir que si los hombres recurren a narraciones para contar lo que les ha sucedido es porque su propia estructura recoge el devenir y el transcurrir de lo acaecido. El relato histórico no

puede olvidarse de reproducir en la medida de lo posible aquello que caracteriza el acontecer de lo que acaece: la dimensión temporal, y parece que la novela ha perfeccionado hasta puntos antes inimaginables esa capacidad para remitir al paso del tiempo manteniendo la precisión de las descripciones estáticas.

Por tanto, Droysen no puede eludir la difícil cuestión: ¿es la historiografía un arte? Y si no lo es, ¿en qué se diferencian arte narrativo y narrativa histórico-científica? Frente a la tarea creativa del novelista, lo que instituye a la historiografía como ciencia es el reconocimiento de una deficiencia, la constatación de una imposibilidad que otorga dignidad al trabajo histórico: por muy genial que sea el autor, por muy excelentes materiales que tenga a su disposición, por muy cuidadosa que haya sido la transmisión tradicional de esos materiales, siempre habrá un espacio para la incertidumbre, espacio que tiene que ver con que aquello de lo que se trata ya no está y no puede ser simplemente inventado. Leamos el párrafo completo de su argumentación:

[Entre el arte narrativo y la narración historiográfica] hay una diferencia muy esencial. La idea artística es algo muy distinto de la histórica que en la investigación se nos ha presentado como punto de vista desde el cual ha de ser entendida y resumida una serie de acontecimientos y de hechos. En el Arte, los medios, sea que se traten de colores, formas corporales, sonidos, personas, del hacer o del padecer humanos, no tienen ningún otro significado y valor que la idea artística de expresar lo inspirado por las musas. Pertenece a la esencia del Arte el que en sus producciones haga olvidar las *deficiencias* que están condicionadas por sus medios, y esto puede hacerlo en la medida en que la idea que quiere expresar en estas formas, en estos materiales, los anima e ilumina y, al mismo tiempo, elimina su deficiencia, su materialidad, transformándolas en cuerpo etéreo de esta idea. Lo así creado es una totalidad, algo en sí perfecto. Lo inspirado por las musas tiene el poder de hacer percibir plenamente, en esta expresión, a los espectadores y a los escuchas lo que el genio artístico ha querido expresar. De manera diferente lo hace nuestra ciencia y nuestra forma de exposición. Ella tiene su material que le ha sido dado y que es más o menos insuficiente, al que no puede modificar, al que tiene que evaluar tal como es. Su pensamiento no es de naturaleza genial; no es la expresión del espíritu que se mueve en

sí mismo, sino la comprensión obtenida en el estudio de materiales, con respecto a los hechos, procesos, caracteres, etc., en la medida en que ellos alcanzan a tal efecto. Y muy a menudo, *la exposición tiene que confesar que allí o aquí quedan lagunas. No sería científico querer ocultar esas lagunas o pretender llenarlas con fantasía; con ello la historia perdería su valor y la pretensión de ser una Ciencia empírica, se convertiría en novela.* (Droysen, 1983: 351-352, subrayado mío)

Sin entrar a valorar la consideración del Arte y del genio artístico, es claro que la narración histórica nunca será una totalidad cerrada, que pretenda representar de manera objetiva lo que ocurrió en el pasado. El historiador no se ocupa de restaurar los hechos del pasado, sino de «comprender los recuerdos y tradiciones, los restos y monumentos de un pasado» (Droysen, 1983: 35), se trata, por tanto, de conocer el presente —y sus posibilidades futuras— investigando el pasado. Se trata de presentar lo investigado desde el punto de vista de su devenir, en un complejo relato de ficción que vincula lo sido, lo que es y lo que puede ser. Para el sistematizador de la moderna historiografía la distinción entre novela e historiografía no corresponde exactamente a la distinción entre ficción y realidad; lo propio de la exposición narrativa histórica frente a la novelesca es que es inseparable de la discusión judicial: siempre ha de estar abierta a una nueva prueba documental que revierta el relato histórico.

4. El ser histórico y su devenir Historia

En lo que hemos realizado hasta aquí comparece un problema mucho mayor que el de la determinación genérica, si literaria o histórica, de la obra de Walter Scott. Quisiera plantear, por último, algunas consecuencias de lo aquí expuesto teniendo presente las consideraciones heideggerianas a propósito del *Dasein* como ser histórico en *Ser y tiempo*. Desarrollar una lectura profunda y sistemática de la concepción de la historicidad y de la pregunta fenomenológica por la historia que plantea Heidegger en esta obra nos llevaría muy lejos, querríamos, pues, plantear más que resolver una cuestión.

Las lecciones sobre histórica de Droysen no eran desconocidas para Heidegger, quien en el semestre de verano de 1926 impartió un seminario en Marburgo sobre ellas bajo el título *Übungen über Geschichte und historische Erkenntnis im Anschluß an J. G. Droysen, Grundriß der Historik*, estudios que el filósofo alemán plasmaría en su obra publicada en 1927. De entre los análisis sobre la historicidad de *Ser y tiempo* comencemos con una sentencia fundamental del § 76.

El origen existencial del saber histórico en la historicidad del Dasein, que recoge el problema que trataremos. En ella Heidegger subraya:

La apertura del acontecer histórico llevada a cabo por la historiografía está enraizada, en sí misma y por su propia estructura ontológica —se realice o no fácticamente—, en la historicidad del Dasein. (Heidegger, 2012: 405, subrayado en el original)

El desarrollo que lleva a Heidegger a esta proposición esencial, crucial para su comprensión, tiene dos puntos de anclaje fundamentales: en primer lugar, el modo del cuestionamiento fenomenológico tal y como Heidegger lo despliega a lo largo de la obra, basado en su particular interpretación de ir «a las cosas mismas», que lleva a que el lugar desde el que hay que preguntar por el ser de lo histórico quede «señalado por aquello que es originariamente histórico» (Heidegger, 2012: 391), distinguiendo, en segundo lugar, entre lo primariamente histórico —el *Dasein*— y lo secundariamente histórico —lo que comparece dentro del mundo. Todo ello se puede resumir en la proposición esencial «*el acontecer de la historia es el acontecer del estar-en-el-mundo*» (Heidegger, 2012: 401, subrayado en el original). Si la historia es, y es indudable que es —aunque todavía quede por averiguar su específico modo de ser—, entonces comparecerá única y exclusivamente «bajo la mirada» de ese ente al que en su ser le va abrir la claridad que deja ser aquello que es. La historia es un particular modo de ser del *Dasein*. Y en cuanto tal, sólo se mostrará en su ser si el *Dasein* es histórico, es decir, si está abierto a concebir algo así como lo histórico, mostrando así, primeramente, aunque no en un sentido cronológico, su propia historicidad. Que esta posibilidad pertenece al *Dasein* se muestra por su específico carácter tempóreo (cfr. capítulos 3 y 4 de la segunda sección de *Ser y tiempo*).

A fin de no añadir al análisis lo que no pertenece al fenómeno, tal y como dicta la máxima «a las cosas mismas», Heidegger se pregunta por lo que es «originariamente histórico». Con lo antes expuesto se aprecia que la pregunta fenomenológica por el origen, lo originario, lo original de la historia no busca dar una respuesta basada en la cronología, ni tampoco privilegiar un aspecto de la misma frente a otro, por ejemplo, una historia viva frente a una muerta. Se trata, pues, de esclarecer las condiciones que hacen posible la consideración de cualquier aspecto del mundo como histórico —incluida la «Naturaleza» (cfr. Heidegger, 2012: 401)—, todo ello siempre desde un comportamiento histórico tácito, inmediata y regularmente desplegado en el trato cotidiano con

las cosas, trato que historiza el mundo en su particular forma de habitarlo. Sólo porque la historicidad es un modo de ser del *Dasein*, nos dirá Heidegger, es posible la consideración de una pregunta científica por el ser de lo histórico, tal y como es presentada en *Histórica* de Droysen.

Se llega así a la distinción entre «lo primariamente histórico» y «lo secundariamente histórico», siendo lo primero propio del *Dasein*. La distinción que Heidegger pondrá de relieve a propósito de una historicidad propia y otra impropia tiene que ver, en principio, con aquella distinción. De modo que lo originariamente histórico no es este ni aquél objeto *con* historia, ni éste o aquél estudio *sobre* la Historia, sino una particular relación del *Dasein* con su mundo que, resumiendo en exceso, permite reconsiderar mundos que ya han dejado de existir. En las cosas pasadas «es el mundo [su mundo, siempre único, donde tenían sentido para un *Dasein*] lo que ya no es más» (Heidegger, 2012: 394). Es preciso dejar claro que esto no constituye todavía un saber explícito sobre estas relaciones, una «historiografía científica», sino más bien una relación con el pasado que podríamos calificar de heredera, o como Heidegger dice, «destinal» (*Schicksal*):

con esta palabra designamos el acontecer originario que tiene lugar en la resolución propia, acontecer en el que el *Dasein*, libre para la muerte, hace *entrega* de sí mismo a sí mismo en una posibilidad que ha heredado, pero que también ha elegido. (Heidegger, 2012: 397)

Tras este conjunto de tecnicismos y precisiones, la idea fundamental es que el carácter fáctico del *Dasein* le obliga a determinar sus modos de ser a partir de un conjunto de posibilidades legadas por la tradición. El término «destino» parece particularmente bien escogido para señalar esta doble tensión, propia de los momentos extático-temporales, a saber: que cada *Dasein* es, «en sí mismo» receptor de ese legado —destinatario— y que sólo lo es en su adopción, que cada vez adoptará nuevas posibilidades de reapropiación —destino. Esto llevará a Heidegger a afirmar, un tanto sorprendentemente a primera vista, pero que no es muy diferente de lo que se desprende de lo escrito por Scott o Droysen, que la Historia no se desenvuelve desde el pasado sino desde el futuro: «la apertura *historiográfica* misma se temporiza *desde el futuro*» (Heidegger, 2012: 407). La tradición hunde sus raíces en las posibilidades de su transmisión futura, sin las cuales caerá en el olvido. La pregunta por el sentido del ser será, entonces, un particular modo de herencia acometida bajo la dualidad tradición-traición, donde, por cierto, la tarea de una destrucción de la historia

de la metafísica es inexcusable, y se fundamenta ontológicamente en estas páginas sobre la historicidad (cfr. § 6 de la introducción, *La tarea de una destrucción de la historia de la ontología*).

Se entiende entonces por qué Heidegger afirma que el saber histórico enraíza ontológico-existencialmente en la historicidad del *Dasein*. Pero en la cita más arriba expuesta, se dice algo más que será precisamente el punto teórico más controvertido desde el punto de vista de la sensibilidad histórica de los análisis heideggerianos, a saber: que este enraizamiento acontece «se realice o no fácticamente». Este punto, aparentemente insignificante, y así lo es para la aproximación fenomenológico-existencial que lo sitúa de pasada entre guiones, adquiere un privilegio inexcusable a la vista de lo expuesto en este trabajo, de tal manera que esbozará incluso las limitaciones de las consideraciones fenomenológicas sobre la Historia. El propio Heidegger asume estas limitaciones cuando escribe:

¿será necesaria la afirmación explícita de que la presente investigación no cree poder resolver el problema de la Historia de un solo golpe de mano? La penuria de los medios «categoriales» disponibles y la incertidumbre de los horizontes ontológicos primarios se agudizan en la misma medida en que el problema de la Historia es llevado a su *enraizamiento* ontológico. La presente investigación se contenta con indicar el lugar ontológico del problema de la historicidad. (Heidegger, 2012: 391)

Estas dificultades, que pronto revertirán en el famoso giro (*Kehre*) heideggeriano, a nuestro juicio tienen que ver, en parte, con esa diferencia producida a partir de la realización fáctica o la ausencia del enraizamiento del saber historiográfico en la historicidad propia del *Dasein*. De tal modo que dicha realización, de carácter evidentemente óntico, repercute en la propia estructura ontológica del *Dasein*, hasta el punto de que no será igualmente histórico antes y después de un determinado momento *en* la Historia. Esto es precisamente lo que Scott pone de manifiesto cuando distingue entre el modo de apropiación del pasado propio de los ingleses y el propio de los escoceses en el siglo XIX. Según el esquema fenomenológico-existencial ambos se fundamentarían en la historicidad del *Dasein*, pero no es evidente que la distinción entre historicidad propia e impropia pueda explicar por completo estos diferentes modos de relación con lo pasado. Sobre todo, no resulta sencillo decidir si el modo inglés, más tradicionalista —tanto que no tienen Historia—, es

más o menos impropio, en sentido heideggeriano, que la supuesta «viveza» de la historia escocesa —capaz de generar un saber histórico. Tampoco considerar que ambos son impropios de igual manera constituye una respuesta satisfactoria, pues habría que explicar entonces en qué consiste la diferencia si ambos determinan su relación con el pasado a partir de «lo mismo»; definir esa «nada» que diferencia dos modelos concretos de relación con el pasado no es tarea sencilla para la fenomenología.

La respuesta sólo podrá venir desde una mirada distinta hacia lo que supone la realización fáctica de ese enraizamiento ontológico. Si los escoceses historizan de modo distinto que los ingleses del s. XIX —modo que aquí no ha sido explicitado en su génesis ontológica—, entonces la diferencia sólo puede tener un carácter fundamental, no derivado respecto de lo ontológicamente tematizado en los análisis de Heidegger. La denuncia de Scott insistía en que los ingleses se relacionaban con su pasado como si su modo de ser en aquel momento hundiera sus raíces en lo ancestral de una tradición para ellos desconocida, adquiriendo así el círculo hermenéutico un carácter vacío para la propia comprensión histórica: somos ingleses porque actuamos así, y actuamos así porque somos ingleses, presuponiendo la unidad sin captar sus límites: así ha sido, es y será siempre. Si bien es cierto que Heidegger no plantea su interpretación de la historicidad en estos términos, no es menos cierto que privilegia el aspecto ontológico de la reunión frente a la diferencia necesaria para la conciencia histórica, señalada por Pocock de un modo ejemplar cuando afirma que «la explicación histórica puede surgir sólo allí donde hay cierta conciencia de discontinuidad». De modo que el saber histórico enraizado inmediatamente en el carácter histórico del *Dasein* descrito por Heidegger, sólo es posible habitando una ruptura que no es producida por esa existencial historicidad. Esa brecha y ese habitar la brecha no pueden ser tematizados en toda su profundidad por una aproximación fenomenológica, que no puede más que atender a la reunión y la continuidad dados por el fenómeno de «lo pasado», presuponiendo la ruptura que permite ese ser-pasado de lo que está ahí. El situarse en «lo originariamente histórico» ya en cierto modo reproduce y presupone el gesto de Scott cuando acusaba a los ingleses de no ser todavía históricos.

La fractura es siempre previa, dificultando así el esclarecimiento fenomenológico del problema de la Historia, y más profundamente, de la propia historicidad, que quedaría limitada a lo que aconteció al *Dasein* a partir de un determinado momento *en* la Historia. Que este momento sea *en* la Historia quiere decir que lo es para una mentalidad histórica en sentido eminente, es decir, para aquellos que

ya pueden preguntarse por lo pasado en sentido histórico. Por ello, los análisis heideggerianos no son incorrectos, sino incompletos debido en parte al carácter del método fenomenológico, incapaz de llegar a la cosa misma histórica, definida esencialmente por una escisión siempre presupuesta en el fenómeno histórico, y, no menos importante, a causa de un Heidegger que todavía quiere ser griego.

¿De dónde procede, entonces, esta fractura?²

La respuesta a esta pregunta ya no puede reducirse a un planteamiento puramente filosófico, sino que deberá incluir en su seno una esencial dosis, si se nos permite decirlo así, de conciencia histórica fracturada. Nótese la dificultad de esta tarea que siempre presupondrá lo que busca demostrar. No en vano el proceder historiográfico se basa en la circularidad hermenéutica desarrollada por la crítica filológica y tematizada en su problemática filosófica por el propio Heidegger. Y es precisamente esa crucial revolución filológica que conocemos como «Renacimiento»³ la

2. Esta idea de la fractura nos introduce de un modo directo en una discusión a propósito de las relaciones de «la Modernidad» con «sus otros», así como un cuestionamiento más general en relación con el concepto de «época». Dado que estas discusiones están muy lejos de las intenciones de este escrito, que se contenta con señalar un problema, sólo dejaremos a modo de pregunta si esos enormes debates no presuponen ya la escisión que abre la pregunta por las relaciones con el pasado. Esto no se resuelve necesariamente en una justificación de la (auto)legitimidad de «la época moderna», y menos aún de una justificación del progreso. La escisión que inauguraría esta discusión no es más diferenciadora que continuadora, del mismo modo que lo que aconteció no es más pasado que presente.

3. Véase, P. Burke, *El Renacimiento europeo. Centros y periferias*, donde podemos leer: «Para los humanistas, el camino hacia adelante era retroceder para seguir el ejemplo de los mejores escritores y pensadores de una cultura que consideraban superior a la suya. De ahí el esfuerzo que desde Petrarca en adelante invirtieron en buscar antiguos manuscritos de textos clásicos, enmendando los errores de los copistas (un proceso conocido hoy como «crítica textual») e interpretando el significado de los pasajes oscuros. Para justificarse, los humanistas daban gran importancia a la idea de condición humana (*conditio humana*). Como conjunto de prácticas culturales, por otra parte, el humanismo estaba dominado por la Filología antes que por la Filosofía: por la crítica de textos antes que por la crítica de la sociedad» (Burke, 2000: 34-35).

Bibliografía

- Anónimo (2010) *El cantar de mio Cid*. Madrid: Espasa.
 Black, Jeremy (1997) *La Europa del siglo XVIII (1700-1789)*. Madrid: Akal.
 Burke, Peter (2000) *El Renacimiento europeo. Centros y periferias*. Barcelona: Crítica.
 Cervantes, Miguel de (2004) *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Madrid: Espasa.
 Defoe, Daniel (2004) *Robinson Crusoe*. Madrid: Anaya.
 Droysen, Johann Gustav (1983) *Histórica, Lecciones sobre la Enciclopedia y metodología de la Historia*. Barcelona: Alfa.
 Heidegger, Martin (2012) *Ser y tiempo*. Madrid: Trotta.
 Nietzsche, Friedrich (2001) *Humano, demasiado humano*. Madrid: Akal.

que tiene la clave para comprender el significado del ser histórico. No es casualidad que el gran crítico tanto de la historicidad perjudicial para la vida como de la fantasiosa universalidad de los conceptos filosóficos, Nietzsche, tuviera formación de filólogo:

Pecado original de los filósofos. Todos los filósofos tienen el defecto común de partir del hombre actual y creer que con un análisis del mismo llegan a la meta. Involuntariamente «el hombre» se les antoja una *aeterna veritas*, como algo invariable en medio de toda la vorágine, como una medida cierta de las cosas. Pero todo lo que el filósofo dice sobre el hombre no es en el fondo más que un testimonio sobre el hombre de un espacio temporal *muy limitado*. El pecado original de todos los filósofos es la falta de sentido histórico [...]. No quieren enterarse de que el hombre ha devenido; mientras que algunos de ellos llegan incluso a derivar el mundo entero de esta facultad cognoscitiva. Ahora bien, todo lo *esencial* de la evolución humana sucedió en tiempos remotos, mucho antes de esos cuatro mil años que nosotros más o menos conocemos; en estos el hombre no puede haber cambiado mucho. Pero entonces el filósofo percibe en el hombre actual «instintos» y supone que éstos forman parte de los datos inalterables del hombre y pueden, por tanto, ofrecer una clave para la comprensión del mundo en general [...]. Pero todo ha devenido; no hay *datos eternos*, lo mismo que no hay verdades absolutas. Por eso de ahora en adelante es necesario el *filosofar histórico* y con éste la virtud de la modestia. (Nietzsche, 2001: 44, subrayado en el original)

Llevándolo a sus últimas consecuencias, ni siquiera en estos cuatro mil años el hombre ha permanecido idéntico a sí mismo, ha devenido histórico.

- Nietzsche, Friedrich (2015) Sobre la utilidad y el perjuicio de la Historia para la vida [II intempestiva] (483-563). En *Nietzsche*, Vol. III. Madrid: Gredos.
- Pocock, John Greville Agard (2012) Los orígenes del estudio del pasado: un enfoque comparativo (283-320). En Pardos, J. (ed). *Historia y catástrofe*. Madrid: Cuaderno Gris, UAM.
- Scott, Walter (1990) *Ivanhoe*. Madrid: Anaya.
- Taylor, Charles (2012) *Fuentes del yo. La construcción de la identidad moderna*. Barcelona: Paidós.